

Domingo II de Adviento del ciclo B.

1. Esperamos la venida del Mesías.

"Dios mostrará tu esplendor

Lectura del libro de Baruc 5, 1-9

Jerusalén, despojate de tu vestido de luto y aflicción y vístete las galas perpetuas de la gloria que Dios te da,

envuélvete en el manto de la justicia de Dios y ponte en la cabeza la diadema de la gloria del Eterno, porque Dios mostrará tu esplendor a cuantos viven bajo el cielo.

Dios te dará un nombre para siempre: «Paz en la justicia» y «Gloria en la piedad».

Ponte en pie, Jerusalén, sube a la altura, mira hacia el oriente y contempla a tus hijos, reunidos de oriente a occidente a la voz del Santo, gozosos invocando a Dios.

A pie se marcharon, conducidos por el enemigo, pero Dios te los traerá con gloria, como llevados en carroza real.

Dios ha mandado abajarse a todos los montes elevados y a las colinas encumbradas, ha mandado llenarse a los barrancos hasta allanar el suelo, para que Israel camine con seguridad, guiado por la gloria de Dios.

Ha mandado al bosque y a los árboles aromáticos hacer sombra a Israel.

Porque Dios guiará a Israel con alegría a la luz de su gloria, con su justicia y su misericordia".

Estimados hermanos y amigos:

La primera lectura correspondiente a esta celebración eucarística del Domingo II de Adviento, forma parte del libro de Baruc, una obra que fue escrita con la intención de que, los hebreos que fueron deportados a Babilonia, no perdieran la fe en Yahveh, de quien debían esperar, que los devolviera a la tierra de Israel. Los hebreos eran conscientes de que sufrían la dominación de diferentes civilizaciones en cada ocasión que su país era conquistado por causa de su desobediencia a Dios, pero no ignoraban que Yahveh es un "Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad, que mantiene su amor por millares, que perdona la iniquidad, la rebeldía y el pecado, pero no los deja impunes" (CF. ÉX. 34, 6-7).

Ellos sabían que el amor de Dios es eterno, y mantenían la creencia de que cada cuál debía afrontar las consecuencias de sus pecados.

Comparémonos con los hebreos deportados a Babilonia. Hay ocasiones en que ni los cristianos nos reconocemos necesitados de Dios. Interrogamos a Dios constantemente con respecto a la existencia del mal y el sufrimiento, pero no nos amoldamos al cumplimiento de su voluntad. En ciertas ocasiones, no somos como los citados hebreos deportados a Babilonia, que reconocían sus pecados. Quizás nos conformamos viviendo mediocrementemente teniendo la posibilidad de vivir una vida plena. Quizás pensamos que los políticos son los únicos responsables de exterminar las situaciones de pobreza y marginación existentes, y no hacemos nada para ayudar a quienes necesitan nuestras dádivas espirituales y materiales. Quizás nuestra vida religiosa se reduce a la celebración de ritos cuyo significado probablemente no abarcamos, pero, fuera de las iglesias, no vivimos como seguidores de Jesús.

El Adviento es un tiempo en que deben hacerse humildes quienes son extremadamente orgullosos, y en que todos debemos tener lo que nos pertenece por justicia, para que podamos disponernos a recibir a Jesús, en el tiempo de Navidad, y al final de los tiempos, cuando acontezca su Parusía o segunda venida.

El Adviento es el tiempo propicio para que mejoremos la calidad de las relaciones que mantenemos con nuestros familiares y amigos. Vivimos a velocidad de vértigo. Tenemos muchas cosas que hacer, y por ello podemos descuidar lo más esencial de nuestra vida sin darnos cuenta. No dejemos de relacionarnos con Dios ni descuidemos las relaciones que mantenemos con nuestros familiares y amigos.

No permitamos que se extinga del mundo el sentido de la Navidad cristiana. No perdamos la alegría de recibir al Niño Dios en nuestro mundo, al cambiarla por el deseo incontrolable de aumentar nuestras posesiones. No existen posesiones en el mundo que nos concedan la felicidad característica de la fe cristiana y las relaciones que podemos mantener con nuestros familiares y amigos.

2. Dispongámonos a recibir al Señor.

"Que lleguéis al día de Cristo limpios e irreprochables

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Filipenses 1, 4-6. 8-11

Hermanos:

Siempre que rezo por todos vosotros, lo hago con gran alegría.

Porque habéis sido colaboradores míos en la obra del Evangelio, desde el primer día hasta hoy.

Ésta es mi convicción: que el que ha inaugurado entre vosotros una empresa buena la llevará adelante hasta el día de Cristo Jesús.

Testigo me es Dios de lo entrañablemente que os echo de menos, en Cristo Jesús.

Y ésta es mi oración: que vuestro amor siga creciendo más y más en penetración y en sensibilidad para apreciar los valores.

Así llegaréis al día de Cristo limpios e irreprochables, cargados de frutos de justicia, por medio de Cristo Jesús, a gloria y alabanza de Dios".

San Pablo escribió su Carta a los Filipenses para agradecerles la ayuda que le prestaron cuando estuvo encarcelado en Roma. El verdadero gozo del Apóstol consistía en que Dios era su única riqueza, y en que fue hallado digno de predicar el Evangelio, y de sufrir por Jesucristo, no porque amaba el dolor por sí mismo, sino porque sabía que su fe que era más fuerte que la vida y la muerte, al ser probada, fortalecería la creencia en Dios de los fieles de las diferentes iglesias que fundó, durante los años que sirvió al Señor como Apóstol. San Pablo les agradeció a los filipenses la ayuda que le prestaron, porque la misma fue una demostración del afecto que sentían hacia él.

San Pablo recordaba a los filipenses con gozo porque no perdieron la fe en Dios en un tiempo en que había que tener una firme creencia en Jesús para no perder la fe cristiana, y con agradecimiento, porque, al apoyar su causa, no estaban apoyando a un hombre cuyo recuerdo se extinguiría con el lento transcurso del tiempo, pues estaban apoyando la causa de Cristo. Los filipenses se mostraron dispuestos a hacer lo que San Pablo les pidiera, porque, obedeciendo al líder que fundó su iglesia, obedecían a Cristo, a quien el citado Apóstol representaba.

Cuando nuestros familiares, amigos y compañeros de trabajo piensan en nosotros, ¿nos ven como cristianos comprometidos con la causa de Jesucristo?

¿Son nuestras oraciones y obras de caridad el estímulo que quienes nos conocen necesitan para desear ser imitadores de Jesucristo?

San Pablo fundó la iglesia de Filipo durante su segundo viaje misionero. El citado Santo recibió ayuda de los cristianos de la citada iglesia cuando estuvo entre ellos, fue ayudado económicamente cuando estuvo preso en Roma, y también fue sostenido por los fieles de la citada iglesia, que oraron por él. En nuestro tiempo, la Iglesia sigue necesitando de nuestro trabajo, donaciones y oraciones. Hacer estas tres cosas significa que vivimos en comunión con la Iglesia de Cristo. En este tiempo de crisis económica y de valores, no solo las iglesias físicas, sino muchas

comunidades cybernéticas cristianas, necesitan de nuestro trabajo, apoyo económico y oraciones. La Palabra de Dios circula gratuitamente en Internet, pero el mantenimiento de las páginas web tiene un coste, que algunos portales católicos no pueden asumir.

Muchos cristianos piensan que comulgar es recibir a Jesús en las celebraciones eucarísticas, pero les cuesta pensar que comulgar es trabajar como discípulos de Nuestro Redentor en un mundo que tiene dificultades para creer en Dios, ayudar económicamente a la Iglesia, y orar por la fundación de Cristo, porque la obra que realizamos los cristianos católicos, no es nuestra, sino del Dios Uno y Trino.

Dios comenzó la obra de purificarnos y santificarnos, la continuará a través de nuestras circunstancias vitales, y la terminará cuando lo veamos cara a cara. San Agustín decía:

"El Dios que te creó sin ti, no te salvará sin ti".

No hacemos mal al pedirle ayuda a Dios cuando oramos porque no podemos salvarnos por nuestro medio, pero debemos tener en cuenta que somos actores de nuestra salvación. No podremos salvarnos sin Dios, pero, Nuestro Santo Padre, no llevará a cabo, las obras que podamos hacer.

La obra que hizo Cristo en nuestro beneficio fue morir y resucitar, para demostrarnos que Nuestro Padre común siente un gran amor por nosotros. Empezamos a desear alcanzar la salvación conforme conocimos al Señor y le permitimos que nos aumentara la fe, en conformidad con los acontecimientos que vivimos, la instrucción bíblica que recibimos, la puesta en práctica de lo que aprendimos, y el tiempo que nos dedicamos a orar. Sigamos permitiéndole al Espíritu Santo que nos siga haciendo semejantes a Cristo. Nuestro crecimiento espiritual empezó cuando sentimos que teníamos fe en Dios, y ha de continuar hasta que acontezca la Parusía del Señor.

Cuanto mayor es el número de almas que abrazan la fe que profesamos, más cercano está el día en que acontezca la Parusía del Señor. Evitemos que la muerte nos sorprenda sin vivir como verdaderos discípulos de Nuestro Salvador.

San Pablo sentía un gran deseo de encontrarse con los cristianos de Filipo. El recuerdo de las vivencias del pasado junto a quienes cristianizó, y el deseo de seguir ayudándoles a ser perfeccionados, impulsaban a nuestro Santo, a no perder la esperanza de recuperar la libertad, para seguir predicando el Evangelio incansablemente. Este hecho me sugiere el pensamiento de que debemos tener un mayor sentido de pertenencia a la Iglesia de Jesucristo. Todos los creyentes comprometidos con la difusión de la Palabra del Señor y las obras de su Iglesia realizamos actividades que nos ayudan a vivir la vocación que hemos recibido de

Dios, pero debemos ser conscientes de que la obra que realizamos no es nuestra, para que trabajemos como lo haría Nuestro Salvador, unidos como si fuéramos uno solo, para que así podamos entender que Cristo actúa por nuestro medio, para conducirnos a la presencia de Nuestro Santo Padre celestial.

José Portillo Pérez

joseportilloperez@gmail.com